

LA NOCHE DE LAS ÁNIMAS

Ahora lo recuerdo con una sonrisa, pero en aquel momento, (noviembre 1951) la noche de las ánimas fue para mí un mal trago. Yo vivía en una casa - junto a la carretera-, a más de un kilómetro del pueblo, que la Empresa San Román había facilitado a mi padre y que formaba parte de su sueldo como trabajador en la construcción del pantano. Cada mañana yo bajaba a la escuela, aunque todavía no tenía la edad, me acurrucaba en un rincón y escuchaba las distintas lecciones que el maestro impartía a los chicos escolarizados. Por la tarde, después de comer en casa de mi abuela, yo tenía que pasar por la casa de la Trini a recoger la lechera que le había dejado mi madre por la mañana –las cabras las ordeñaban a última hora, después de venir del campo-.

Aquel día (en qué estaría yo pensando) se me olvidó pasar a recoger la leche y cuando llegó mi padre de trabajar, se enteró de mi olvido y se puso furioso. ¡Cuando termines de cenar, bajas a por la leche! me dijo. Ya era de noche y yo con mis cinco años, atravesé el monte bajo que separaba mi casa del pueblo y muerto de miedo, cogí la lechera y retomé el camino de vuelta.

Aquí empezó todo.

Al adentrarme en el monte, cagadito de miedo, llegó hasta mí un ruido de tambores y una música orquestal, triste y cadenciosa que se filtraba entre los matorrales. Un poco más adelante, al atravesar la maleza en un claro del monte, me encontré con el espectáculo – una orquesta compuesta por calaveras con cuerpos esqueléticos sosteniéndolas-cantaban el miserere y a su lado, estaba Lucifer, bailando como un poseso con su tridente en la mano. Al verme, me hizo una seña para que me acercara, pero yo salí corriendo, como alma que lleva el diablo. Cogí una velocidad de vértigo, el recipiente se me escapó de la mano y al golpearse en el suelo, se abrió la tapa y se fue echando leches por la ladera. Fue entonces –lo recuerdo bien- al girar en una curva de la senda, tropecé con la raíz de un chaparro y mi cuerpo rodó por el suelo hasta que se frenó con el tronco de aquella encina. Lucifer apareció con su tridente en la mano detrás de un madroño salvaje. “Me iba a atravesar como a una aceituna”. El grito que di, retumbó en la noche como una explosión. Mi madre se tiró de la cama y corrió hacia mi cuarto. Yo estaba en el suelo con la cabeza dolorida. Al caer y fruto del impulso, le había soltado una patada al orinal que estaba bajo la cama estrellándolo contra la pared de enfrente. ¡Menos mal que estaba vacío!

M. Moya Oct'22